



OS días tan solo concedió D.<sup>a</sup> Magdalena a Jeromín para descansar de las fatigas del viaje, y visitar ociosamente el lugar y el castillo; y al tercero, que fué un lunes, hízole entrar de lleno y de un golpe, en la distribución de horas y de estudios, que previsoriamente le tenía preparada.

Habíale dispuesto un aposento contiguo al suyo, y del otro lado hizo instalar al capellán García de Morales, que había de ser su acompañante y maestro de religión y doctrina cristiana. Hízose cargo el otro capellán, Guillén Prieto, de enseñarle todas aquellas letras humanas que pudieran estar ya a su alcance, y el escudero hidalgo y Juan Galarza, tomó a su cargo adiestrarle por principios y por reglas y también con la práctica en el manejo de las armas y el caballo.

Doña Magdalena, por su parte, reservóse formarle el corazón en el amor de Dios y del prójimo, y más que con reglas y teorías, hízolo fácilmente poniendo de continuo ante sus ojos la santa práctica de sus buenos ejemplos.

La caridad fué, en efecto, el rasgo distintivo de aquella gran matrona, y la discreción el sólido y precioso engarce en que brilló siempre en ella esta su virtud predilecta. Hacía D.<sup>a</sup> Magdalena consistir los deberes de su rango en celar la gloria de Dios en sus estados, y remediar las necesidades del prójimo en general, y muy en particular de sus vasallos, con quienes se consideraba ligada especialmente por el mero hecho de su Señorío. Por eso distribuía entonces sus cuantiosas rentas, y distribuyó más tarde su fortuna no amayorzgada, en esta forma:—Remediar las miserias y necesidades materiales de los pobres.—Remediar las necesidades espirituales de sus almas.—Acrecentar el culto divino y honrar más a Nuestro Señor.

Para lo primero, fundó hospitales en sus estados y fuera de ellos; redimió cautivos en crecido número, y tan continuas y copiosas limosnas daba, que mereció la llamasen después de su muerte *la limosnera de Dios*. Para lo segundo fundó colegios, escuelas, misiones y catecismos; y era tan espléndida en lo que al culto de Dios se refería, que no satisfecha con haber levantado dos suntuosos templos, mandó hacer de una vez quinientos copones de plata maciza, para distribuirlos entre las iglesias pobres, que no tenían con la reverencia debida al Santísimo Sacramento, de quien siempre fué particular devota.

Tenía encargado D.<sup>a</sup> Magdalena a su contador Luis de Valverde, viejo muy honrado, que averiguase y vigilara las necesidades de los pobres de Villagarcía, y diese a cada cual una cédula firmada de su mano, en que constase lo que a juicio de él necesitaba para remediarse. Presentaban esta cédula los pobres a D.<sup>a</sup> Magdalena a la hora señalada, que era harto temprano, para no perjudicarles en su trabajo, y pagábalas ella religiosamente, añadiendo a la limosna material el bálsamo de la compasión, del respeto a la des-

gracia y del consejo prudente. Esta era la hora de recreo para D.<sup>a</sup> Magdalena, y esta era también la que había escogido para infiltrar en el corazón de Jeromín la caridad y el respeto hacia el pobre, que después del temor de Dios es el primer deber de los grandes y poderosos.

Levantábase aquella gran señora al amanecer en todo tiempo, y acto continuo pasaba al cuarto de Jeromín para despertarle y disponerle. Oían luego juntos en el oratorio la misa de García de Morales, y despachaba luego a Jeromín para que vigilara en los claustros la llegada de los pobres. Colocábalos el niño con muy buena gracia en unos bancos que había a lo largo del claustro bajo, dando siempre preferencia a los más ancianos o imposibilitados, y tornaba luego a avisar a *su tía*; que este era el nombre que por indicaciones de Quijada, comenzó el niño a dar a doña Magdalena.

—Tía, tantos pobres hay; anunciaba.

Bajaba entonces la señora con dos grandes bolsas, una con reales de plata para los pobres vergonzantes que traían cédula de Luis de Valverde, y otra con moneda menuda de cobre para los pobres ordinarios que no la traían, a los cuales daba siempre de veinte maravedises en adelante. Recogía D.<sup>a</sup> Magdalena las cédulas, y Jeromín entregaba a los pobres las monedas, con gran respeto, besándolas antes, con la caperuza en la mano.

Un día, sin embargo, como viniese entre los pobres un viejo de Tordehumos de muy sucio aspecto, repugnóle a Jeromín tocarle la mano, y dejó caer la moneda como distraído, a fin de que el anciano la levantase del suelo. Mas adivinando D.<sup>a</sup> Magdalena la intención del niño, bajóse prontamente a recogerla y la entregó ella misma al viejo, besándole antes la sucia mano. Jeromín, encarnado hasta el blanco de los ojos, prosiguió su tarea lleno de vergüenza.

Mas de allí a tres días tornó a aparecer el viejo de Tordehumos, y Jeromín, muy encarnado al verle, dejó caer de intento la moneda que había de darle, y se bajó y la recogió del suelo, y puesto humildemente de rodillas, entrególe la moneda besándola primero, y besando después la mano del viejo...

Así entendía y aprovechaba las lecciones aquel tierno angelito, que crecía y se desarrollaba entre el cariño y las bendiciones de todos los del castillo. Solo en una cosa tropezaba Jeromín y sufría por ella las filípicas continuas del Dr. Guillén Prieto, y las serias reflexiones de D.<sup>a</sup> Magdalena. ¡El estudio de las letras!

Leía muy de corrido en romance: escribía con aplomo y letra muy corriente, y comenzaba a chapurrear el francés, que por orden terminante de Luis Quijada, le enseñaba un flamenco traído a Villagarcía al efecto... Pero el latín con sus *ibus* y sus *orum*; el griego con sus horribles patas de mosca, ofrecíanse al muchacho como una empinada cuesta, que solo por divisar en la cumbre el agrado y la aprobación de D.<sup>a</sup> Magdalena, trepaba de mala gana y jadeando.

A Juan Galarza, en cambio, hábale el muchacho sorbido el seso... Nadie tenía, según él, ojo más certero, ni pulso más firme, ni brazo más diestro, ni cuerpo más ágil, ni ánimo más travieso y temerario y al mismo tiempo más sereno: «E quando enforca la silla en el quartago chiquito o en la mula romana de D. Álvaro (1), mi señor, que de Dios

(1) Este D. Álvaro es el D. Álvaro de Mendoza, hermano menor de Luis Quijada, de que ya hicimos mención. En su testamento hecho en Valladolid, pone esta cláusula: «Item, mando que se dé a mi señora doña Magdalena mi mula negra grande, y la mula romana pequeña también mando se dé y entregue a mi señora D.<sup>a</sup> Magdalena para Luis Quijada, mi señor.»

goce, escribía el escudero a Fr. Domingo de Ulloa, éntrale en el cuerpo como un diablo alegre e bullidor, que le torna placentero e ágil e travieso como el que más.»

Y a D.<sup>a</sup> Magdalena aseguraba con convicción profunda. —Dejadle crecer... Será otro Luis Quijada, mi señor.

Enviábanse estas noticias periódicamente a Luis Quijada, y él las trasmitía a su vez a cierta persona, misteriosa entonces, que en el transcurso de esta historia encontraremos con frecuencia.

«La persona que está a mi cargo, le escribía por aquel tiempo, se halla con salud, y a mi parecer va creciendo, y está de arta buena disposición para la edad que tiene. Va con su estudio adelante, con arto trabajo, y ninguna cosa hace con tanta pesadumbre; también deprende francés, y las pocas palabras que sabe pronúncialas muy bien, aunque para sabello como se desea, es menester tiempo y más trato. De lo que agora más gusta, es de andar a caballo, a la xyneta y a la bryda; y cuando le vea, le parecerá que corre una lança con buena gracia, aunque no le ayude la fuerça.»

Estas mismas noticias debieron de probar sin duda alguna a Luis Quijada y a su misterioso corresponsal, que el niño Jerónimo no se inclinaba al estado de la Iglesia, como su incógnito padre y el mismo Luis Quijada deseaban. Doña Magdalena, con su habitual perspicacia, hábalo juzgado así desde el primer momento.

A su llegada a Villagarcía, quiso esta señora, de acuerdo con su hermano Fr. Domingo de Ulloa, enseñar ella misma al niño el castillo y sus riquezas, para juzgar lo que se revelase de su carácter en aquellas sus primeras impresiones... Nada causó en el muchacho, no ya pasmo ni admiración, pero ni aun siquiera extrañeza. Ni las ricas tapiéras flamencas que cubrían algunas cuadras; ni los lechos

suntuosos con columnas y doseles; ni la plata labrada que por todas partes relucía; ni los bordados ornamentos del oratorio que con deliberada intención se desplegaron a su vista; ni la chimenea de hierro colado venida de Flandes para calentar el estrado de D.<sup>a</sup> Magdalena, que era artefacto desconocido entonces en España, y tanpreciado, que se llevó más tarde a Yuste para que el mismo Emperador la utilizase.

Todo lo miraba el muchacho con la sencilla indiferencia de quien se ha criado entre cosas semejantes, y con tan natural aplomo y señorío, que encantaba por lo espontáneo y admiraba por lo extraño.

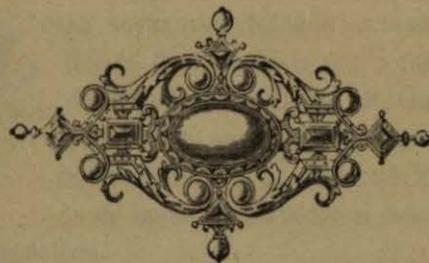
Mas cuando llegó a la sala de armas, y vió de cerca las pesadas armaduras de hierro, las lanzas que medían cuatro veces su estatura, las artísticas panoplias formadas con corazas, espadas y rodelas, todo reluciente, entusiasmóle al punto aquel formidable aparato de guerra, y dió vueltas hacia todas partes, como deslumbrado, fijándose en todos los detalles, extendiendo a cada paso la manita como para tocar aquellas maravillas, y deteniéndose siempre como si temiera profanarlas.

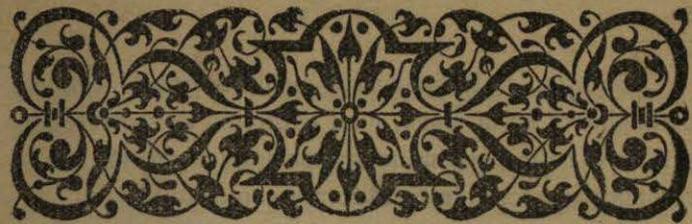
Hasta que al cabo, venciendo la admiración a todo respeto humano, paróse ante un arnés pequeñito, verdadera maravilla traída de Italia por Quijada, que por limpiarse a la sazón se hallaba tendido en el suelo, y pidióle a doña Magdalena con infantil cortedad licencia para tocarlo. Dió-sela la señora de buen grado, y Jeromín, con el temeroso respeto de quien toca algo sagrado, palpó toda la armadura de arriba abajo, examinó uno a uno los encajes, alzó y bajó varias veces la visera del casco y acabó por pegar con los nudillos de la mano en la cóncava coraza. Despidió ésta un sonido metálico, y Jeromín alzó hacia sus protectores el precioso rostro, iluminado, radiante, con la sonrisa

en los labios y el reflejo en los ojos, de un genio que se revela.

La señora, entre admirada y risueña, dijo entonces a su hermano:

—Mohino ha de quedar Luis Quijada, mi señor... Soldadito tendremos, que no fraile.





VII

**G**RAN susto pasó Jeromín en aquella mañana del 28 de Agosto de 1556, cuando hallándose en la estancia del Dr. Guillén Prieto, estudiando sus lecciones, apareció de repente D.<sup>a</sup> Isabel de Alderete, primera dueña de honor, llamándole al estrado de parte de D.<sup>a</sup> Magdalena.

Consideraba esta señora como sagrado el tiempo que Jeromín dedicaba al estudio, y era por eso tan extraordinario que le distrajese un solo momento, que, asustado el muchacho, acudió presuroso haciendo examen de conciencia de cualquier travesura, falta u omisión que hubiera cometido o de que hubieran podido acusarle.

Mas vió al pasar por el claustro que bajaba un correo cubierto con el polvo del camino, y figurósele entonces que aquel poder misterioso que le gobernaba a él y le traía de un lado a otro, le reclamaba de nuevo y quería separarle de D.<sup>a</sup> Magdalena: lo cual contristó al niño de tal modo, que cuando llegó a la presencia de la señora, llevaba inmutado el semblante y las lágrimas en los ojos.

Encontró a D.<sup>a</sup> Magdalena de pie en el estrado, con una carta abierta en la mano, y tal expresión de radiante alegría en el rostro, que su natural perspicacia de niño que se reconoce amado, le tranquilizó por completo.

—No estaría tan contenta *mi tía*, se dijo, si quisieran arrancarme de su lado.

Salióle D.<sup>a</sup> Magdalena al encuentro, con los brazos extendidos, y díjole:

—Llegaos acá, Jeromín, y dadme un beso en albricias...

Y luego que se lo dió en la frente con verdadera ternura de madre, añadió muy alegre:

—Sabed, Jeromín, vos el primero, que de aquí a tres días tendremos en casa a Luis Quijada, mi señor.

Dieron voces de alegría las dueñas y doncellas que allí se hallaban presentes, y satisfecha con estas demostraciones D.<sup>a</sup> Magdalena y fuera de sí de gozo como jamás Jeromín la viera, díjole entonces:

—Y ahora, Jerónimo, idos a holgar todo el día, y que os lleve Juan Galarza a donde mejor os plazca...

Había mientras tanto corrido la noticia por el castillo y por el lugar entero, propalada por el correo mismo, y adornada con mil pormenores y circunstancias... La abdicación del Emperador era ya un hecho, y despojado Carlos V de todo su poder, se embarcaba en Flesinga para España, a fin de encerrarse por el resto de sus días en el monasterio de Yuste. A este propósito enviaba el Emperador por delante a su inseparable mayordomo Luis Quijada, para que pudiese esperarle a su desembarco en Laredo, habiendo pasado antes algunas semanas en el seno de su familia.

Esta noticia alborotó el castillo y alborotó el lugar, y alborotó sobre todo a Jeromín, que en aquellos tres días no tuvo momento de reposo, ni dejó una sola noche de soñar con aquella noble figura de Luis Quijada, que solo conocía

de oídas y tomaba en su imaginación proporciones gigantescas...

¡Era una gran raza aquella de los Quijadas, con cuatro siglos de nobleza sostenida de generación en generación en los campos de batalla, hasta llegar a la presente, que no había derramado con menos gloria su sangre!... Pedro Quijada, el mayor de los hermanos de Luis, muerto en Túnez, al lado del Emperador, de un arcabuzazo... Juan Quijada, el menor, muerto en Teruanne peleando por Castilla; y Luis, el único que restaba, herido también en la Goleta, héroe de Hezdín, compañero inseparable del Emperador en África, en Flandes, en Alemania, en Italia, sirviéndole con la misma lealtad durante treinta y cinco años... Holgaba el muchacho de representarse aquella pareja, formidable por sus hazañas, deslumbradora por su gloria, como tantas veces se la había pintado Juan Galarza en la batalla de Landresies, donde también peleó el escudero... El Emperador entregó a Luis Quijada su bandera, y poniéndose luego el yelmo, dijo al escuadrón de su corte: «Que ya era llegado su día, y que peleasen por esto como caballeros honrados, y si viesen caído su caballo y su estandarte que llevaba Luis Méndez Quijada, que levantasen primero el pendón que a él...» ¡Oh! no había duda: dos eran los grandes principios que, sin saberlos discernir aún, sentía Jeromín arraigarse y apoderarse por completo de toda su alma... Dios y los desvalidos, como D.<sup>a</sup> Magdalena los sentía y se los enseñaba... El Emperador, el Rey, la autoridad y la justicia emanadas del cielo ambas y por eso hermanas, como Luis Quijada las servía y proclamaba... Y aquí se angustiaba el pobre niño y retorciase las manitas desolado; porque ¿cómo se presentaba él dentro de tres días al glorioso caudillo sin haber hecho aún ni por su Dios ni por su Rey nada... nada... nada?...

Y como desvelada también D.<sup>a</sup> Magdalena le sintiera gemir y rebullirse en la cama, acudió presurosa en su auxilio creyéndole enfermo; y con tan infantil espontaneidad le confió entonces el niño su cuita, que no pudo menos la noble dama de reirse y de admirarse al mismo tiempo.

Salieron todos los vecinos de Villagarcía a recibir a su señor hasta media legua más allá del pueblo, los hombres con sus arcabuces para hacerle salvas, las mujeres con sus trajes más galanes y los chiquillos en dos filas, para entonar el himno de los Quijadas, según la antigua usanza. Algunos señores, vecinos y parientes, fueron a caballo hasta Medina de Rioseco, donde debía comenzar la última jornada, y la clerecía toda del lugar salió con cruz alzada hasta la ermita de San Lázaro, según privilegio de la noble casa de los Quijadas.

Anocheecía ya cuando la bocina del vigía colocado apostada en la torre del homenaje, anunció que la comitiva se acercaba. Oíanse, en efecto, a lo lejos las salvas de la arca bucería y las voces de mozas y muchachos que cantaban al son de la marcha:

Los Quijadas son nombrados  
De valientes y muy fieles;  
Azules y plateados  
Sin quenta, mas bien contados  
Traen por armas jaqueles.

Las campanas de San Pedro y de San Boil y la esquila de San Lázaro rompieron todas a repicar con alegre furia, y la clerecía se adelantó hasta la ermita para dar a besar la cruz al señor del lugar y patrono de la iglesia.

Venía Luis Quijada en una muy poderosa mula, sucio el tabardo de tafetán ligero por el polvo del camino y cubierta la cabeza por el calor con toca de lienzo crudo. Tendría más de cincuenta años y era hombre muy alto, recio y en-

juto; tostado el color hasta parecer cetrino, negra la espesa barba, el mirar inteligente y duro, y calva la cabeza más que por la edad, por el roce continuo del casco.

Empinóse sobre las estriberas para besar la cruz de la parroquia con la cabeza descubierta, contestó las palabras del ritual en latín correcto, procurando dulcificar su voz naturalmente recia, bronca y mal humorada, y picó al punto largo a su mula, rodeado de todo el pueblo, seguido de los caballeros y hombres de armas, y de más de veinte acémilas con equipajes y vituallas.

Apeóse Luis Quijada a la puerta del castillo, porque en el umbral mismo le esperaba D.<sup>a</sup> Magdalena con toda su servidumbre, y delante de ella Jeromín con su mejor ropita vestida, teniendo en una bandeja cubierta con rico paño, las llaves del castillo que debía entregar al señor, al apear-se, con una rodilla en tierra.

Hubo un momento de expectación curiosa, que enmudeció las lenguas y retuvo los alientos de todos los presentes, desde la señora del castillo hasta el último villano de Villagarcía... La sospecha de que Jeromín era hijo de Luis Quijada había cundido en el castillo y arraigado en el lugar como cosa cierta, y todos espiaban aquel primer encuentro del padre y del hijo, que presumían había de ser dramático.

Mas Luis Quijada, ya fuese que viniera preparado para esto, ya que el impulso espontáneo y verdadero de su corazón fuera aquél realmente, saltó ligeramente de la mula y sin reparar en Jeromín ni recoger las llaves tampoco, fue-se derecho a D.<sup>a</sup> Magdalena y abrazóla tiernamente, con grandes muestras de amor y contentamiento... Vocearon todos con grande alborozo; la artillería del castillo rompió al mismo tiempo en salvas tan apretadas y frecuentes que retumbaban y se estremecían los viejos muros; rasgaron el

aire multitud de cohetes, y muchos ministriles venidos al efecto saludaron desde el claustro alto la entrada del señor con trompetas, atabales y otros instrumentos que acompañaban el himno de los Quijadas:

De la casa de Roldán,  
Que es casa de gran substancia,  
Con gran trabajo y afán,  
Vino un muy gentil galán  
A Castilla de su Francia.

La venida del señor de Villagarcía no modificó en nada la situación de Jeromín en el castillo. Tratábale Quijada con el mismo amor y prudentes precauciones que empleaba D.<sup>a</sup> Magdalena, y no desperdiciaba ocasión de estudiar por sí mismo la naturaleza de su índole, los brotes de su carácter y esos impulsos de virilidad, amor propio y voluntad enérgica que constituyen todos juntos, la base del valor verdadero.

Un día, estando Luis Quijada en la sala de armas limpiando una escopeta, y Jeromín a su lado presentándole las piezas, díjole aquél de repente:

—Jeromín... ¿Seréis para tirar una escopeta?

Y respondió el muchacho con seguridad perfecta:

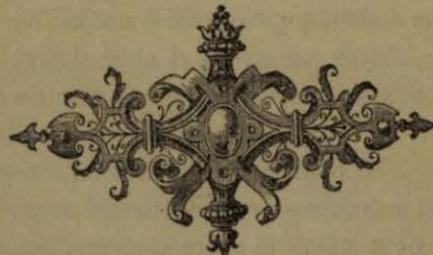
—Seré para tiralla y aun para esperar un arcabuzazo.

Agradóle a Quijada la respuesta, y desde aquel mismo día dióle licencia para cubrirse delante de él, y le regaló una espadita que más era gala de niño que arma de defensa.

Mas así y todo, desenvainóla Jeromín con grande gloria a los pocos días, según cuenta detalladamente el licenciado Porreño: porque habiendo ido a una fiesta de toros que daban en Villandrando, arremetió uno muy bravo contra el andamio, y puso en fuga a todos los que en él estaban menos a Jeromín que, parapetado en el andamiaje, le hizo frente con valor temerario y le hirió con su espadita en el

testuz, haciéndole volver a la arena con gran espanto de todos, que no sabían atribuir la hazaña sino a osadía loca, más bien que heróica, o a verdadero milagro.

Por lo cual dice Porreño: «Las damas del ventanaje le cantaron la gala, y todo el concurso alabó el ánimo y osadía de este rapazuelo que se las había tenido tiesas a una fiera bestia, y daban el parabién a Luis Quijada del valor que, en traje humilde, descubría este su encomendado, juzgando que, debajo del sayal, hay al...»





VIII



las tres de la madrugada del 2 de Octubre (1556) llegó a toda brida por el camino de Valladolid un jinete a Villagarcía y púsose a aporrear con grande furia la puerta del castillo. Acudió al estrépito el vigía de noche, y desde el adarve de aquel lienzo de muralla dióle el quién vive.

—¡Loado sea Dios!—dijo el de abajo.

—¡Y la Virgen Nuestra Señora!—replicó el de arriba.

Y con la montera en la mano el jinete, añadió entonces campanudamente:

—¡Correo de S. A. la Serma. Señora Princesa Gobernadora!...

Produjo esto en el castillo el movimiento natural y consiguiente... Salió Luis Quijada mismo al encuentro del correo, a medio vestir y con los anteojos en la mano, y leída la carta de la Princesa, tendiéndola a D.<sup>a</sup> Magdalena, lamentándose él y regañando. Porque era Luis Quijada de esas personas todo abnegación y sacrificio en sus obras, y todo regaños y mal humor en sus palabras.

La carta de la Princesa Gobernadora decía así:

«La Princesa.

»Luis Méndez Quijada, mayordomo del Emperador, mi señor; esta mañana he tenido aviso que el Emperador, mi señor, y las Sermas. Reynas, mis tías, llegaron a Laredo lunes pasado, víspera de Sant Miguel, y S. M. se desembarcó aquella tarde y ellas al día siguiente, y que vienen buenos: de qu'e dado muchas gracias a Nuestrō Señor y recibido el placer y contentamiento que es razon. Y porque terná necesidad de vos para el camino y también conviene saber con tiempo dónde querrá posar en esta villa, os ruego que, luego que ésta recibáis, os partáis y vais por la posta a S. M., y llegado le deis cuenta de las dos maneras de aposento que de aquí llevastes entendido, y me aviséis con toda diligencia cuál dellos quiere S. M., y si manda que se haga en ellos algunas estufas o otras cosas, para que se haga y esté a punto para su llegada.

»Asimismo os ruego que entendáis de Su Majestad si quiere que se envíe guarda de pie y de cavallo para su acompañamiento o de las Sermas. Reynas, mis tías;

»Si será necesario que vengan algunos Grandes o cavaleros para que vengan en su acompañamiento;

»Asimismo si querrá que en Burgos y aquí se haga recibimiento a S. M. o a las Reynas, mis tías, y de qué manera;

»Si manda que el Príncipe, mi sobrino, le salga a recibir al camino y a dónde;

»Si será servido que yo haga lo mismo o los consejos que aquí están;

»Y que me aviséis con toda diligencia particularmente de lo que fuera su voluntad en todo.

»Asimismo os encargo tengáis el cuidado, que de vos confío, que por el camino sea Su Majestad muy bien proveído de todo lo que fuese menester, y lo mismo las serenísimas Reynas, mis tías, y de entender si hay en ello buen

recaudo: avisando al alcalde Durango de lo que os pareciere que será necesario que él provea, para que no haya falta y a mí siempre de lo que de acá conviene que se provea para ello: que en ello me haréis mucho placer. De Valladolid, a 1.º de Octubre 1556.—*La Princesa*».

Volvió D.<sup>a</sup> Magdalena esta carta a Quijada después de leerla, diciendo muy desalentada que fuerza le sería partir en la tarde de aquel mismo día o a lo menos al siguiente: a lo cual respondió muy airado Luis Quijada, que no comprendía la necesidad de esperar a la tarde siendo servicio del Emperador y pudiendo partir en aquel instante. Y tal prisa se dió en dar sus órdenes y tal eficacia pusieron todos en ejecutarlas, que dos horas después, a las cinco de la mañana, estaban ya Luis Quijada y sus gentes en marcha.

Llegóse a él Jeromín para besarle la mano con los ojos llenos de lágrimas; mas sacudiéndole Quijada rudamente por el hombro le dijo *que guardase aquellas lágrimas para cuando confesara sus culpas; que sólo a los pies de un confesor sienta bien en los hombres el llanto.*

Sorbióse el muchacho el suyo avergonzado, y como pareciese entonces a Quijada que era aquella demasiada dureza, dióle a besar su mano, hízole la señal de la cruz en la frente y prometióle el arnés chiquito de Milán para cuando jugase en público su primera lanza.

En tres días y medio hizo Luis Quijada el viaje de Villagarcía a Laredo, según testifica él mismo en carta escrita al secretario de la Princesa, Juan Vázquez, el 6 de Octubre: «Ilmo. Sr., yo llegué aquí desde Villagarcía en tres días y medio, y con harto trabajo, por no hallar postas ni bestias de alquiler...»

Y más adelante añade: «No me acuerda más que decir sino que llueve que no hace otra cosa, y hay malos caminos y peores alojamientos. Dios nos ayude, que trabajo se

pasará, mas no tanto como el que yo he pasado, en este camino, que digo de verdad a Vuestra Merced que en mi vida lo pasé peor ni de más peligro, porque pensé desafiarme treinta picas que cayó una mula en traspaso de ancho conmigo, que hasello a la mano izquierda, digo a Vuestra Merced que caía de más alto de lo que digo. De Bilbao, a los 6 de Octubre 1556, digo de Laredo.—*Luis Quijada.*»

Encontró, pues, Luis Quijada en Laredo a aquellas tres augustas ruinas, el Emperador y sus dos hermanas las reinas viudas de Hungría y de Francia, que despojados ya de todo y hartos de representar primeros papeles en el escenario del mundo, venían a morir en la paz del Señor, cada cual en un rincón distinto de España.

Era la mayor de los tres hermanos la Reina D.<sup>a</sup> Leonor, viuda en primeras nupcias de D. Manuel de Portugal *El Afortunado*, y en segundas del elegante y fastuoso Francisco I de Francia. Contaba ya D.<sup>a</sup> Leonor cincuenta y ocho años, y más que la edad las penas, las inquietudes y el asma atroz que padecía, habíanla envejecido de tal suerte, que nadie hubiera reconocido en aquella anciana triste y encorvada a la antigua y brillante Reina de Portugal y de Francia. Mas ni la edad, ni las enfermedades, ni sus muchos y amargos desengaños habían logrado alterar la serenidad de su ánimo ni aquella su dulce bondad, que hizo decir a D. Luis de Avila y Zúñiga, en carta escrita al secretario Juan Vázquez: «Verdaderamente era una santa inocente, y creo que no había en ella más malicia que en una paloma vieja».

La Reina de Hungría, por el contrario, era varonil, resuelta; tan perspicaz para discurrir como prudente para disponer y enérgica para ejecutar. Amábala su hermano sobre toda ponderación, y pagábale D.<sup>a</sup> María con creces su fraternal cariño, pues siempre fué su mayor admiradora, se-

cundó su política con habilidad incomparable, y sacóle con su talento y su energía de graves apuros y verdaderos conflictos durante los veinticinco años que regentó aquella gran Princesa los Estados de Flandes. Contaba ya en esta época de su vuelta a España más de cincuenta y dos años: mas no tenía otra señal de vejez que los cabellos canos, y a pesar de sus años y del mal de corazón que padecía, hubiera hecho aquella jornada a caballo, junto a la litera de su hermano, si la debilidad de la Reina de Francia no la retuviera a su lado. Convencida D.<sup>a</sup> Leonor del cariño y la superioridad de su hermana, buscaba siempre en ella el apoyo y el consejo; y prestábaselo D.<sup>a</sup> María, como pudiera prestarlo la madre más amorosa a la hija más confiada.

Contrastaban igualmente en su físico ambas hermanas: era D.<sup>a</sup> Leonor en aquella época una viejecita no muy alta, enjuta, con los cabellos muy blancos, y una mirada tan dulce y tan serena, que atraía y cautivaba con esa imponente y suave majestad con que realza la virtud la alteza del rango. Doña María era alta para mujer, bien entallada y majestuosa en extremo: pero no al estilo de su hermana, sino con esa otra majestad dominadora que imprime la superioridad de hecho, que da el mérito, a la superioridad de derecho que señala el nacimiento. Ninguna de las dos reinas vestía a la española; sino sería y ricamente a la flamenca, con sayas dobles recogidas y severas escofietas de terciopelo negro, anchos cuellos doblados y largos velos negros que las envolvían de los pies a la cabeza.

Entre aquellas dos augustas ruinas, venía la no menos augusta y ruinosa Majestad del Emperador invicto, vencido ya por los años, los trabajos de la guerra y del espíritu y las intemperancias de su estómago: porque aquel hombre verdaderamente grande, que había dominado en dos mundos, no pudo dominar jamás en sí mismo los desarreglos

de su apetito, y éstos eran los que con más fuerza le tenían allí preso, baldadas las manos, entorpecidas las rodillas, calva la espaciosa frente de los Austrias, caído más que nunca el labio inferior, signo característico de aquella gran raza, que aun en el día de hoy la distingue.

Salió el Emperador de Laredo el día 6 de Octubre, después de comer, y en una jornada llegó a Ampuero, donde hizo el primer descanso. No sufría lo escabroso del camino que fuese toda la comitiva junta, y dividióse en esta forma. Iba delante el alcalde Durango, con cinco alguaciles de vara, y detrás la litera del Emperador, con Luis Quijada al lado, que más bien parecía aquello la conducción de un preso, que la escolta del monarca más poderoso del mundo. Traían también a prevención una silla de manos, para que en los pasos más difíciles se trasladara S. M., y venían detrás los ayudados de cámara y varias acémilas con las cosas más indispensables al Emperador donde quiera que posaba.

A una jornada de distancia seguían las literas de las reinas y sus damas, algunas de las cuales venían a caballo. Traían también sillas de mano a prevención, y una mula y un caballo enjaezados para la Reina de Hungría, que holgó de cabalgar algunas jornadas. Formaba el tercer grupo el resto de las comitivas del Emperador y las reinas, y más de cien mulas cargadas con los equipajes.

Desesperaba a Quijada este modesto cortejo, en que sólo cinco alguaciles daban al Emperador la guardia, como si fuese un preso, y tuvo con él varios altercados sobre este punto, exponiendo sus razones con agria franqueza, según su costumbre, mandándole el Emperador al diablo, como era la suya, y callando Quijada hasta la primera ocasión, mohíno y mal humorado.

Saliéronle al encuentro en Burgos el Condestable de Castilla y D. Francisco Baamonde, y acompañáronle hasta Va-

lladolid, con una muy lucida guardia que traían. En Cabezón, dos leguas antes de Valladolid, encontró el Emperador al Príncipe D. Carlos, su nieto, que salió a recibirle con algunos gentileshombres de su cámara.

No conocía el Emperador a este desdichado Príncipe, que tan tristemente célebre había de hacerse más tarde, y holgóse mucho de verle. Tenía entonces D. Carlos once años, y como hiciese aquel día algún fresco, habíanle puesto un muy rico *sayo aforrado*, que según carta de Francisco Osorio a Felipe II, *le parecía muy bien y parecía Su Alteza extranjero*. Mas no alcanzaba la bizarría del traje a disimular la contextura débil del Príncipe y la notable desproporción de su cabeza con el resto de su persona.

Diéronle el abuelo y las dos reinas a besar sus manos, lo cual hizo el Príncipe muy comedido y respetuoso. Mas pasado este primer momento de cortedad, dejóse llevar poco a poco el muchacho de su natural inquieto y voluntarioso, y comenzó a rebullirse y trastear por el cuarto, con harta falta de respeto a tan grandes personajes; y como viese una estufilla portátil que servía durante el viaje para calentar el aposento del Emperador, y era todavía cosa desconocida en España, pidiósele muy ansiosamente a su abuelo. Negósele éste, y como el niño porfiase aún más, casi colérico, díjole el Emperador severamente:

—Callad, D. Carlos; que después de muerto yo tendréis lugar de disfrutarla.

Ensoberbecióse también el Príncipe porque el Emperador y las dos reinas hablaban entre sí francés, como tenían por costumbre, y era aquella, lengua que él no entendía: lo cual le valió otra reprimenda del abuelo, que con muy grave medida le dijo que suya era la culpa, pues tan poca aplicación había puesto en aprenderla.

Medió entonces la buena Reina Leonor, suplicando a su

hermano que refriese al niño algunas de sus campañas, y así lo hizo de muy buen grado el Emperador, escuchándole el Príncipe con atención extraordinaria. Mas, cuando llegó a referirle su huida de Inspruck, delante del Elector Mauricio, interrumpiéndole el Príncipe repentina y desatentamente, diciendo *que él no hubiera huído nunca*.

Rióse el abuelo de este espontáneo arranque del nieto, y explicóle que la falta de dinero, el hallarse solo y el estado de su salud le obligaron a esta fuga. Mas el Príncipe, firme siempre, repitió:

—No importa... Yo no hubiera huído nunca.

Guštóle al Emperador la insistencia, y argumentó todavía:

—Pero si vuestros propios pajes quisieran prenderos y os encontraseis solo entre ellos, ¿no tendríais que huir para escaparles?...

—¡No!—replicó el Príncipe con soberbia cólera. Yo no huiría tampoco.

Rióse mucho el Emperador de aquella orgullosa insistencia, que no dejó de gustarle: mas no debió de quedar en conjunto muy satisfecho del heredero de su corona, pues dijo a su hermana la Reina de Francia:

—Paréceme harto bullicioso: su trato y humor me gustan poco... No sé lo que podrá dar de sí este rapaz tan colérico



## IX



ESPERABA Luis Quijada que una vez instalado el Emperador en Yuste, le daría licencia para retirarse al castillo de Villagarcía, y descansar él también al lado de su D.<sup>a</sup> Magdalena. Pensólo, sin embargo, el Emperador muy de otro modo, y toda su generosidad se redujo a concederle algunos días de licencia, dos meses después de su instalación, por Abril de 1557.

Salió el Emperador de Valladolid el 4 de Noviembre (1556) a las tres y media de la tarde, después de haber comido en público, y prohibido antes rigurosamente que nadie le despidiese, fuera de su servidumbre, más allá de la puerta del Campo. Llevaba en esta segunda jornada una escolta de caballería y cuarenta alabarderos.

Hizo su primer descanso en Medina del Campo, en casa de un famoso cambista llamado Rodrigo de Dueñas: era este hombre el rico improvisado de todos los tiempos, vano y fachendoso, y quiso hacer alarde de sus riquezas, poniendo en el aposento del Emperador un brasero de oro macizo, con brasas de canela fina de Ceilán, en vez de carbón co-

riente. Desagradóle, sin embargo, al Emperador aquel alarde; molestóle la garganta el olor de la canela, y mandó quitar el brasero y pagar al cambista el gasto del hospedaje, para humillar su vanidad aparatosa.

Llegó en otras cinco jornadas a Tornavacas (11 de Noviembre), que está del lado de acá de la sierra que limita la Vera de Plasencia. Faltábale ya tan sólo una jornada desde allí a Jarandilla, que era adonde por el pronto se dirigía, y era ésta la más penosa por tener que atravesar un horrible desfiladero que llamaban el *Puerto Nuevo*, sin camino alguno abierto, y a través de torrentes, precipicios y sombríos bosques de castaños, que cubrían las empinadas vertientes de la montaña.

Decidióse el Emperador a seguir aquel camino, más difícil pero más corto, y partió el 12 por la mañana, precedido de muchos aldeanos con picos y palas, para hacer el camino más practicable. Marchaba delante el Emperador, unas veces en litera, otras en silla de manos, y no pocas a hombros, según la mayor o menor dificultad de cada paso. A su lado iba Luis Quijada a pie, con una pica en la mano, dirigiendo él mismo la marcha. Así caminó tres leguas.

Venía detrás el resto de la comitiva, cada cual como podía, sin más orden ni cuidado que el de no dejar los huesos en aquellos derrumbaderos. Al llegar a lo alto del Puerto, extendióse de repente a la vista del Emperador la hermosa Vera de Plasencia, y allá en el fondo del valle, sobre una no muy alta colina y rodeado de naranjos y limoneros, el Monasterio de Yuste, que había de ser su tumba... Contempló el Emperador largo rato en silencio, y volviéndose luego hacia el Puerto que acababa de pasar, dijo a Quijada con grave melancolía: «Ya no pasaré otro puerto en mi vida sino el de la muerte...»

Hospedóse el Emperador en Jarandilla en el castillo del

Conde de Oropesa, D. Fernando Alvarez de Toledo, y allí permaneció tres meses, esperando el definitivo arreglo interior que había de hacerse en sus habitaciones de Yuste, y el dinero necesario para pagar a la servidumbre que le había acompañado hasta allí y no había de seguirle hasta el monasterio, que serían unas noventa personas entre italianos, borgoñones y flamencos.

Salió, por fin, el Emperador definitivamente para Yuste el 3 de Febrero de 1557. En el umbral mismo de su cámara despidió a sus servidores con muchas lágrimas de ellos y no poca emoción de su parte. De allí en adelante todo fué silencioso y solemne como un entierro.

A las tres en punto subió en su litera: acompañábanle a caballo el Conde de Oropesa a la derecha, Luis Quijada a la izquierda y el sumiller de corps La Chaux detrás. Pasó la litera por entre dos filas de alabarderos formados a la puerta del castillo, y no bien hubo pasado, arrojaron los guardias al suelo las alabardas con grandes demostraciones de sentimiento, como si no quisieran ya usar más aquellas armas, después de haberlas empleado en servicio de tan grande Emperador... El paisaje era triste, la tarde un poco brumosa, y tenía, en efecto, mucho de grandioso y no poco de fúnebre el paso de aquella modesta comitiva, cruzando en silencio el fondo del valle, subiendo lentamente la colina en que se asienta el monasterio... Detúvose la litera a la puerta de la iglesia, entre unos naranjos que allí había: apeóse el Emperador: pusiéronle como a hombre muerto en una silla, y a brazos le llevaron hasta las gradas del altar mayor. El Conde de Oropesa se puso a su derecha, Luis Quijada a su izquierda... El Prior, Fr. Martín de Angulo, entonó entonces el *Te Deum*... *Las campanas se hundían y parecía que sonaban más que otras veces*, dice la ingenua relación del monje anónimo de Yuste.

No se instaló el Emperador ni vivió tampoco en Yuste como un simple religioso, según algunos historiadores aseguran. Formaban su servidumbre más de cincuenta personas, sin contar cincuenta y tres frailes que por diversos conceptos estaban dedicados a su servicio, y fueron escogidos con el mayor esmero y solicitud, y traídos a Yuste de otros monasterios de la orden. Su palacio era capaz y cómodo, aunque no suntuoso, como puede verse todavía, pues íntegro subsiste gracias a los Marqueses de Mirabel, sus actuales propietarios. Apoyábase por un lado en la pared de la iglesia, y rodeábale por las otras tres fachadas la frondosísima huerta de los frailes, que habían cedido éstos al Emperador. Constaba el edificio de ocho grandes piezas cuadradas, todas iguales: cuatro en el piso bajo para verano, y cuatro en el principal para invierno, que eran las que el Emperador habitaba.

Corrían en estos dos pisos, de Este a Oeste, dos galerías: la de abajo daba por ambos extremos a la huerta: la de arriba a dos grandes terrazas plantadas de flores, naranjos y limoneros, y adornadas con preciosas fuentes, donde se criaban, como en vivero, magníficas truchas.

Decoraban las habitaciones venticuatro piezas de tapicería de Flandes, representando paisajes y escenas de animales. El despacho o cámara donde recibía el Emperador hallábase de riguroso luto: llevábalo él por su madre la Reina D.<sup>a</sup> Juana en el tiempo de la instalación, y así se puso y así quedó ya siempre. Tapizábanla toda largos paños negros y cortinas flotantes, y había un dosel y seis sillones de terciopelo negro; doce sillas de nogal y cuero de muy artístico trabajo, y seis bancos que se abrían y cerraban, forrados de paño negro. En el centro y casi debajo del dosel una gran mesa con tapete de terciopelo negro, y un inmenso sillón de forma particular, con seis blandísimos

cojines y ruedas para moverlo de un lado a otro, que era donde el Emperador se sentaba.

En el dormitorio había dos camas, una grande y otra pequeña, y una ventana al frente, que era al mismo tiempo puerta y daba al nivel del altar mayor de la Iglesia. Por ella oía misa el Emperador desde el lecho cuando no se levantaba, y entraban también los frailes para darle la paz y la sagrada comunión, cuando la recibía, que era con bastante frecuencia.

Había traído también consigo varios retratos de familia y soberbias pinturas del Ticiano, su pintor favorito, ricas alhajas, curiosos relojes de Giovanni Torriano, que llamaban Juanelo, y abundante plata para el servicio de su capilla, su cámara y su mesa; todo, sin embargo, poco y mezquino para quien había trocado por aquel rincón el imperio de dos mundos.

Los ayudas de cámara, barberos, cocineros, panaderos y los relojeros Juanelo y su ayudante Valín, vivían en una parte independiente del claustro que habilitaron para ellos los frailes. El médico Mathys, el boticario Overstraeten y el cervecero Dugsen ocuparon la hospedería del convento; y el secretario Martín Gastelu, el guardarropa Morón y Luis Quijada fueron a hospedarse en las mejores casas de la aldea de Cuacos, desde donde todos los días venían al monasterio.

Hecha esta difícil instalación, esperaba Luis Quijada pacientemente que el Emperador le diese su retiro, como se lo había dado ya al sumiller de corps La Chaux. Mas el Emperador no se daba por entendido, y pasaban los días, las semanas y los meses, y desesperábase Luis Quijada y desahogaba su mal humor en las cartas que escribía al secretario Juan Vázquez, sobre todo cuando tenía que atender y que hospedar en su casa de Cuacos a los ilustres

personajes que venían a visitar al Emperador en Yuste. Mas no por eso dejaba de cuidar a éste con el amor y el desvelo de la madre más cariñosa al niño más mimado, y de asistirle a todas horas con las luces de su recto sentido y consumada prudencia en aquellos graves asuntos en que el Emperador tomó todavía parte desde su retiro de Yuste con sus observaciones, sus consejos y no pocas veces sus órdenes.

Decidióse, por fin, el Emperador, y el 28 de Mayo díjole a Quijada que podía marchar a Villagarcía, si era su gusto, y esperar allí sus órdenes. Prometióselas con esto muy felices Luis Quijada, y aquel mismo día añadió en su carta al secretario Juan Vázquez esta postdata: «Hoy era día de tercianas: Su Majestad ha estado muy bueno. Hame mandado, propio motu, que me vaya a mi casa; que él me avisará de lo que hubiere de hacer. Le aseguro a Vuestra Merced que yo no vuelvo a Extremadura a comer espárragos y turmas de tierra.»

Detúvose Luis Quijada en Valladolid para desempeñar graves comisiones del Emperador para la Princesa Gobernadora D.<sup>a</sup> Juana, y desde allí, el 8 de Abril, escribió a aquél su misterioso corresponsal, único en el mundo a quien en las cosas de Jeromín daba cuentas: «Pareciendo a S. M. que, en lo que tocaba al servicio de su persona y casa, quedaba con toda buena orden y como convenía, ha sido servido mandarme ir a la mía, pues, por haber estado tan poco en ella después que llegué, es bien menester mi residencia para muchas cosas.»

Nada encontró Luis Quijada variado en Villagarcía. Doña Magdalena seguía siendo el modelo de todas las virtudes y el amparo de todos los desvalidos, y Jeromín el encanto del castillo y el sol que derramaba en él la luz, el movimiento y la alegría.

Un suceso extraordinario vino por aquel tiempo a fortalecer más y más en el lugar y en el castillo la creencia de que Jeromín era el hijo de Quijada, y a desarraigar por el contrario del noble corazón de D.<sup>a</sup> Magdalena esta amarga sospecha... Una noche, mientras todos dormían, estalló en el castillo un incendio formidable, que vino a envolver entre sus llamas las habitaciones de D.<sup>a</sup> Magdalena y de Jeromín, que como ya dijimos, estaban contiguas. Comprendió Luis Quijada el gravísimo peligro que por igual corrían ambos, y sin titubear un punto, lanzóse primero a salvar al niño y luego a D.<sup>a</sup> Magdalena.

Todos vieron en esta preferencia el amor del padre vendiendo al del esposo: pero D.<sup>a</sup> Magdalena, que sabía muy bien hasta qué punto la amaba su marido, vió la hidalguía de Quijada sobreponiéndose al amor inmenso que a ella misma le tenía, y pensó atónita y suspensa cuán grande debía ser aquella honra empeñada por Quijada, en la custodia de Jeromín, cuando hasta lo que más amaba en el mundo, que era ella misma, se lo sacrificaba.

